

Margaret MacMILLAN, 1914. *De la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2013. 864 pp. ISBN: 978-84-15832-08-9

De la producción académica de la historiadora MacMillan se han publicado en España dos obras muy importantes. Su libro *Juegos peligrosos. Usos y abusos de la historia*, editado en 2010, fue reseñado en el primer número de esta revista. Otro anterior se editó en 2005, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo* (ed. Tusquets) del que cabe recordar que la obra original se tituló *Peacemakers: the París Conference of 1919 and its attempt to end war* porque la autora quiso subrayar el peso de las individualidades en la organización de la paz pues, a pesar de los numerosos especialistas que se congregaron en la elaboración de los pactos de París, se impusieron sobre todo las ideas de los líderes, incluso con sus prejuicios y preferencias personales. En esta senda de construir la historia a partir del peso de las biografías de las individualidades que detentan el poder, aparece ahora su más reciente libro, *1914. De la paz a la guerra*.

No se puede decir de una obra de historia que sus páginas cierran ya el conocimiento definitivo de los entramados sociopolíticos, militares y hasta personales que estallaron en 1914. De hecho la bibliografía al respecto es numerosa y de alta calidad. La peculiaridad de la obra de Margaret MacMillan está en el análisis pormenorizado del entrecruce de desatinos que desembocaron en la guerra, desatinos individuales y colectivos que también forman parte de la realidad histórica. Así, la autora arranca su obra con la referencia a la Exposición Universal que se celebró en 1900 en París en la que se produjo, por encima de las rivalidades nacionales, un común denominador, la confirmación de que todas las naciones estaban implicadas en el progreso de la humanidad. Todas competían por exhibir sus respectivos avances técnicos y científicos. A esto se sumaba un hecho insólito: Europa había logrado dominar todo el continente africano y en gran medida toda Asia en un tiempo récord, realidad que reforzó no sólo el optimismo de la sociedad occidental sino también una muy extendida creencia en su superioridad histórica y también racial. Baste recordar a este respecto el auge del darwinismo social en esos años. Por eso, tal y como plantea Margaret MacMillan, se hizo moneda corriente pensar que semejantes interdependencias entre los países eran tan fuertes que racionalmente sería imposible una guerra. Sin embargo, los países teóricamente más civilizados del planeta, orgullosos de ser los más racionales y avanzados, se lanzaron a la catástrofe más irracional que pueda darse, a una guerra con cifras de muertos y de destrozos económicos y políticos nunca vistos en la historia anterior.

Europa, en efecto, estaba viviendo un largo período de paz continental, aunque persistían conflictos como el de los Balcanes. Ahora bien ¿por qué se desencadenó tan tremenda guerra? Margaret MacMillan da respuestas muy centradas en las decisiones y querencias de unos pocos hombres. La propia autora plantea que podríamos buscar explicaciones en

las ideas, en el darwinismo social, en el nacionalismo, en el culto irracional a la fuerza, en el poder de los estados mayores de los ejércitos o incluso en la amenaza que la marina alemana representaba para la Armada británica... Sin embargo, opta explícitamente por defender la tesis de que “acaso a lo más que podamos aspirar sea a entender lo mejor posible a aquellos individuos que debieron decidir entre la guerra y la paz, así como sus fuerzas y sus debilidades, sus amores, sus odios, sus prejuicios”.

Por eso nos detalla la autora las personalidades de aquel puñado de hombres que llevaron las riendas de los acontecimientos. Por sus páginas desfilan como protagonistas del libro la biografía psicológica de un bravucón e infantiloides káiser Guillermo, al que la autora hace responsable de casi todo lo ocurrido, junto con las biografías de sus colaboradores el general Moltke, el almirante Tirpitz y el canciller Bülow, las de los primeros ministros británicos Salisbury y Asquith, también las del presidente de la República Francesa, Poincaré, el zar Nicolás II y su ministro de defensa Sujómlinov, el emperador Francisco José y su jefe del estado mayor Conrad von Hötzendorf, etcétera. Cabría objetarle a la autora que su explicación de la Gran Guerra a partir de unas decisiones que formalmente fueron individuales resulta incompleta históricamente por más que la propia autora relate el entramado sociopolítico del que formaban parte tales gobernantes. Paradójicamente la propia autora detalla con precisión cómo esos mismos gobernantes gastaron muchas energías en buscar alternativas y acuerdos para no despeñarse en una guerra de consecuencias incontrolables cuando las dos guerras previas en los Balcanes o en los conflictos de los años previos por el control de Marruecos. En este sentido, la autora considera que esos gobernantes en sus decisiones habrían sido ante todo los catalizadores de unos sentimientos nacionales que, alentados por los medios de comunicación, se sumergieron en un torbellino de visceralidad y xenofobia que se manifestó en la euforia con la que se alistaron al ejército los jóvenes del momento. Es más, el movimiento pacifista, que se encontraba con fuertes apoyos intelectuales y sociales en vísperas de 1914, quedó truncado. El asesinato de Jean Jaurès fue el dato más revelador de la quiebra de la solidaridad predicada por la Segunda Internacional.

Lo cierto es que el libro atrapa y en las más de setecientas páginas capta la atención del lector para zambullirse en las filias y fobias de las personalidades que marcaron el rumbo político y bélico y también en los sentimientos de los pueblos que se lanzaron a tomar las armas pensando en destruir al país vecino. Se podría resumir que, según la autora, los factores decisivos que desencadenaron la guerra fueron dos: la psicología de los individuos que tenían las riendas del poder en sus respectivos países, y, a la par, el orgullo de los colectivos nacionales que se expresó en aquellos alistamientos masivos al ejército. Margaret MacMillan sitúa en un segundo plano o incluso les niega carácter decisivo a los factores económicos. Por eso, para la autora el tránsito de la paz a la guerra tuvo dos responsables: primero, la opinión pública de cada nación que desde hacía años venía reclamando de sus líderes actuaciones acordes con el orgullo de esa nación, y, en segundo lugar, los gobernantes que en las semanas previas al estallido bélico, tomaron decisiones basadas sobre todo en el prestigio y el honor. En conclusión, fueron las pasiones colectivas e individuales los agentes decisivos que condujeron a la catástrofe.

Semejante planteamiento metodológico, con tanto énfasis en las pasiones y fragilidades humanas, no es obstáculo para que la autora también haga hincapié en la enmarañada red de alianzas y de negociaciones diplomáticas de esos momentos así como en los entresijos de los cambios políticos y en el peso de las innovaciones tecnológicas que tanto repercutieron en el desarrollo de la guerra. Son facetas que se analizan con datos y detalles siempre contrastados en un estilo de una formidable agilidad narrativa que logra transportar al lector a las vivencias de aquellos momentos prebélicos.

Así, en la primera parte de la obra Margaret MacMillan relata los acontecimientos internos de las cinco potencias europeas (Reino Unido, Alemania, Rusia, Francia y el Imperio austrohúngaro) y sus relaciones entre sí a partir sobre todo de las biografías de los dirigentes. En la segunda parte se describen las fragilidades de la paz y de las alianzas, sumando conflictos que iban desde la guerra de los bóers en Sudáfrica o el encontronazo franco-británico en Fachoda, hasta los conflictos en Marruecos y las guerras balcánicas de 1912-1913. Por eso, tras haberse superado esos conflictos gracias a múltiples juegos de alianzas y negociaciones diplomáticas, cuando el 28 de junio de 1914 se supo que unos nacionalistas serbobosnios habían asesinado en Sarajevo al heredero del imperio austrohúngaro y a su mujer, nadie imaginó que en una semana se encontrarían las potencias europeas embarcadas en la primera guerra mundial. Ni siquiera los dirigentes políticos y militares barruntaron en un primer momento el posible desastre que se derivaría de la acumulación de decisiones en unos pocos días.

Ahora bien, la autora no cierra los caminos de la historia en su análisis. De hecho, en sus conclusiones deslinda dos tipos de culpabilidades. Por un lado, la “falta de imaginación” de los dirigentes para no prever las consecuencias tan catastróficas que se derivarían de su decisión de empezar la guerra, y, por otro lado, la “falta de valor para enfrentarse a quienes decían que no quedaba otra opción que ir a la guerra”. Por eso concluye que “siempre hay otras opciones”, una perspectiva metodológica que, con independencia de sus valoraciones morales al respecto, permite plantear la lectura de este libro como una lección sobre los efectos no previstos a los que puede conducir la ambición de las personas y la exaltación nacionalista entre los pueblos. Así, los logros de décadas de paz y de progreso llevaron también en su seno ese volcán de furores nacionalistas y de odios irracionales a los que dieron rienda suelta las decisiones tomadas por los dirigentes políticos y militares encapsulados en criterios de honor y de exaltación de la guerra como máxima virtud patriótica. El libro termina precisamente en el momento en que se producen las declaraciones de guerra a primeros de agosto de 1914 porque ya se ha cumplido el propósito de la autora, dar respuesta al por qué de tan sangriento fratricidio en la civilización más desarrollada y poderosa del momento.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha